



George Bernard Shaw. Fotografía: Bain News Service / Biblioteca del Congreso

¹ Traducción: Jesús Francisco Conde de Arriaga

Shaw, un serio escritor cómico¹

Stephen Murray Kiernan

VISTO DESDE LEJOS, parecería que hay una gran diferencia entre la personalidad de los grandes escritores ingleses. Sin embargo, lo que desde la evidencia externa podría considerarse como cierto puede ser una simplificación o, incluso, una ambigüedad: ¿es el personaje quien nos engaña deliberadamente o nosotros no somos tan inteligentes o tan sensibles cuando analizamos el carácter de un individuo?

Quienes saben escribir nos convencen de tener una naturaleza elevada, y por lo mismo difícil de valorar, pero al final son como cualquier ser humano, sin que se puedan confundir de algún modo con súper hombres. Las personas son consecuencia de un proceso que involucra a los padres, la educación, los compañeros, lo bueno y lo malo de la vida; sin embargo, no hay duda alguna que cierta gente nace con un tipo de carácter relativamente desarrollado; del mismo modo, hay quienes son inmunes a las más nocivas influencias de quienes cambiarían profundamente a otra persona en situaciones similares. El sujeto involucra su interior —los sentimientos y la mentalidad que nos habita y mediante la cual reaccionamos ante el mundo— y el exterior —esa masa de gente que compone nuestra sociedad y el panorama completo de fuerzas que experimentamos día con día—.

El dramaturgo George Bernard Shaw tenía una personalidad única, y su sentido del humor no debería de haber existido, ya que su padre parece haber sido indiferente al fracaso y al alcoholismo, viviendo como si fuera un saco de papas en la esquina de su habitación. Su madre, de un carácter mucho más fuerte, quedó encantada por un hombre —que era más un teórico de la sospecha que un maestro de música— y abandonó a su esposo e hijo en Dublín para seguir a su héroe en Londres. Ella pasaría el resto de su vida despreciando a Shaw por holgazán y derrochador, del mismo modo que lo hizo Lucinda, hermana del dramaturgo, a pesar de haber sido él quien tuvo éxito, obtuvo un buen salario y pagó la renta y los gastos de su hermana. Shaw fue también erigido como miembro de la agrupación élite cristiana de su país, la Iglesia Protestante de Irlanda, un

peculiar grupo de la élite social, cuya superficial visión de la fe apresuró la conversión de Shaw hacia el ateísmo.

A través de estos primeros años de intensa presión familiar y ante el fracaso de no ser reconocido, el consuelo central de Shaw fue tomar una perspectiva humorística: él veía las terribles condiciones de ciertos miembros de la sociedad, la enorme brecha entre ricos y pobres, y traduciría lo visiblemente patético en textos cómicos e irónicos. Navegando en un mundo terrible que se rehusaba a encontrarle el sentido a un cambio positivo, Shaw pudo mantenerse a flote con su literatura al retratar hechos cruentos y circunstancias desesperanzadoras con ingeniosos juegos humorísticos. Su obstinada comicidad incluso aparecía en los funerales a los que asistía: en el velorio de la esposa de H.G. Wells, Shaw bromeó insistentemente hasta que Wells, llorando, sonrió; sin embargo, la sonrisa duró hasta que Wells admitió que los frívolos intentos de Shaw lo herían.

Todos los elementos que Shaw describió como fundamentales para su evolución como escritor —las cinco novelas que escribió en su juventud y no pudieron ser publicadas, los innumerables rechazos seguidos de la escritura de nuevos textos, los años de críticas periodísticas que generalmente no le pagaban (y peor aún, a menudo eran anónimos)— lo hicieron un hombre obstinado y lo llevaron a escribir más, incluso sin estar seguro de su publicación o de su puesta en escena. Era la dificultad vestida con el fino disfraz de una encantadora broma infantil. La aparente incompatibilidad entre el mensaje y la manera de expresarlo significó que Shaw tuviera dificultades para convencer a la gente de la seriedad y compromiso de su punto de vista.

En esto hay un notable contraste entre Shaw y Joyce. El autor del *Ulises* también había nacido en esa pequeña ciudad carismática y celosa llamada Dublín, pero treinta años antes y en una familia católica perteneciente de la clase media baja. Sus padres tenían ambiciones para su hijo y arreglaron que estudiara en dos buenas, aunque hondamente doctrinarias, escuelas jesuitas. El talante naturalmente individualista de Joyce

lo hubiera impelido a rebelarse en contra tanto de su familia como de la iglesia, pero a pesar de su reacia naturaleza, su reacción fue mucho más compleja que eso. Dentro de las más de sesenta obras que escribió Shaw, sólo tres obras están medianamente relacionadas con Irlanda —siendo la más conocida *John Bull's Other Island*—. Al igual que él, Joyce había emigrado, con cierta sensación de alivio, en sus veintes, pero creativamente no dejó de escuchar a la gente, ver sus calles y respirar el aroma de carnicerías y *pubs*, aspectos representó con una voluptuosa precisión fotográfica en todas sus novelas y cuentos, con una perspectiva y un tono cínicamente humorísticos, a diferencia del humor irónico de Shaw.

Es obvio que ambos escritores tenían cierto cariño por Irlanda, y de vez en cuando declaraban un gran orgullo por su país, pero no tenían nada en común con, por ejemplo, el interés de Yeats de permanecer y participar en los sucesivos cambios que se dieron rápidamente en Irlanda antes y después de la independencia en 1921.

Shaw tuvo una infancia que adoleció de amor paternal, fue obligado a trabajar, como Dickens, a una edad muy temprana, y estuvo sujeto a esa particular y penetrante pedantería de una pequeña colonia aislada que detrás de ella escondía profundos temores y dudas. Es increíble saber que cuando regresó a Irlanda, ya cerca de los cincuenta años y con un gran éxito a cuestas como dramaturgo, él todavía era recordado como un simple mensajero, y así era tratado socialmente.

La última separación geográfica entre Joyce e Irlanda fue debido a muchas circunstancias. Se podría enlistar primeramente el fracaso que tuvo al intentar publicar sus primeros textos ahí. En un tiempo en el que los editores se rehusaban vehementemente a publicarlo, Joyce tenía una clara conciencia de la calidad de sus trabajos y de las consecuencias que éstas tendrían para la literatura en general. Shaw, del mismo modo, estaba consciente del valor de sus propias obras, y pacientemente espero a que la gente llegara a la misma conclusión. Sin embargo, Joyce tenía una especie de fervor religioso por su propio trabajo: era iconoclasta

y (para aquella época) inmoral y hasta pornográfico, pero el mundo eventualmente se volvería más maduro, curioso y seguro de sí mismo al descubrir las novedosas propuestas de Joyce, y así abrir sus ojos a la vida, que siempre había estado ahí para ser vista, mas no para ser leída.

Hay una estrategia recurrente en Shaw de expresar sus opiniones con cierto énfasis y vocabulario que hace al espectador y lector preguntarse qué es lo que exactamente está siendo expresado. Un buen ejemplo es cuando él aconsejó a los Aliados detener el bombardeo sobre ciudades alemanas durante la Segunda Guerra Mundial, porque así habría más civiles que pedirían más comida, y como consecuencia, Alemania se rendiría por simples razones de inanición. Un comentario como éste aparenta ser inhumano, incluso diabólico, y conociendo al hombre, es también un fuerte ataque contra el asesinato de personas inocentes perpetrado por ambos bandos. Las interminables donaciones y el apoyo que mucha gente y distintas organizaciones recibieron de la London School of Economics —escuela de la cual Shaw fue fundador— para pagar a sus traductores en territorio enemigo demuestran que había un corazón generoso en lo que a veces parecía ser un monstruoso bufón.

La creación de la teatralidad de Shaw sólo encuentra su igual en aquella entidad mercadotécnica de ascetismo llamada Oscar Wilde; fue un elemento de su carácter que Shaw encontró divertido interpretar, mientras que los temas trascendentales pertenecían a otros aspectos de su personalidad que eran presentados mediante la alegría. El punto es que aquella gente lo escuchó y lo leyó cuando era divertido, pero la pregunta central surge: ¿tomaron en serio a este hombre y a su punto de vista? El humor por sí solo no necesariamente indica superficialidad o deshonestidad; al contrario, puede revelar un gran dolor acumulado, timidez y falta de atención, o se podría discutir también que el humor es muestra de una individualidad e inteligencia del tipo que es a la vez encantador y persuasivo. Inevitablemente, la discusión seguirá. 